

# **BAJO LA CAMA**

**Daniel K. Encinas**

-¡Riicc!

Sonaba como una uña extraordinariamente afilada rascando una pizarra. Los cinco años de Alfonsito quedaron cubiertos con la sábana y la manta por encima de la cabeza. Tembló una vez, pero se contuvo para no revelar su miedo a lo que hubiera producido el chirrido.

-¡RIICC!

Otra vez, más fuerte. Como si a la primera uña se hubiese sumado otra más. Venía de debajo de la cama, ahuecado por el espacio angosto. Hacía retumbar el colchón, y se desbordaba a los lados, subiendo en el aire y reverberando en un tono sordo pero cada vez más agudo, entrecruzándose, buscando un resquicio por el que colarse bajo la ropa de la cama. Alfonsito fue dolorosamente consciente de lo fino que era el colchón, de lo oscuro y siniestro que era el espacio que había bajo él, y de lo indefenso que se encontraba.

Algunas veces tenía pesadillas. Soñaba que necesitaba a sus padres, pero ellos no acudían y lo dejaban abandonado; soñaba con los animales salvajes que aparecían en alguno de los programas que veía en la tele a escondidas. Y, en alguna ocasión, soñaba con monstruos sin forma definida, acechando agazapados en la oscuridad, justo en el límite de su campo de visión, para que él supiera que estaban ahí aunque no pudiera verlos. Eso aumentaba su miedo. Incluso, algunos de aquellos monstruos emitían sonidos. Es decir, Alfonsito siempre había creído que los sonidos se daban en sus pesadillas, pero ahora estaba despierto. De hecho, jamás había estado tan despierto como ahora. Y el sonido se repetía.

-¡¡RIICC!!.

Sus padres acudían a la habitación cuando despertaba de las pesadillas gritando. Se sentaban a los lados de la cama y la hablaban con cariño. No como en los sueños; en la realidad siempre estaban con él, su madre abrazándole y su padre revolviéndole el cabello.

-Hijo- le decían, adornando las palabras con cariño y sonrisas comprensivas-, sólo son sueños. No son reales. Los monstruos no existen.

Se quedaban con él, normalmente hasta que Alfonsito se dormía de nuevo con la tranquilidad de saber que sus padres estaban allí, que lo sabían todo y que no había nada que temer.

Sin embargo, esta noche Alfonsito se había despertado de nuevo poco después de que sus padres abandonaran la habitación. La rendija de luz que daba un tenue resplandor bajo la puerta se apagó junto a la lámpara del pasillo, y la oscuridad regresó aplastante, ni tan siquiera paliada por la luz de las farolas allá fuera de la ventana, porque la persiana estaba bajada. La sensación era de un frío glacial.

“Mis padres han dicho que los monstruos no existen- se dijo Alfonsito para infundirse ánimo-, y ellos lo saben todo, así que tiene que ser verdad”.

Pensó que si subía un poco la persiana entraría luz en la habitación, y todo perdería ese halo de irrealidad que provoca la oscuridad.

-¡¡RIIICCC!!!.

Como si supiera lo que pretendía hacer, el chirrido se oyó de nuevo. Alfonsito estaba muerto de miedo, pero las palabras de sus padres le infundían valor como un talismán. Destapó su cabeza y esperó, pensando que en cualquier momento algo saltaría hacia sus ojos. No pasó nada, y al cabo de unos momentos tiró de la

sábana y dejó todo su cuerpo al descubierto. De nuevo, nada. Podía distinguir el contorno de su silueta con dificultad, pero se sentía más valiente, y por ello más animado. A su derecha, sólo a unos dos metros, estaba la ventana. Tan sólo había que saltar de la cama, dar un par de pasos, estirar el brazo y subir la persiana. Alfonsito tensó su cuerpo y pensó “¡vamos allá!”.

Puso los dos pies en el suelo a la vez, y extendió los brazos en la oscuridad ante él para no perder el sentido del equilibrio. Se dispuso a dar el primero de los pasos hacia la ventana... Y pudo hacerlo. Ya casi estaba. Su cerebro estaba transmitiendo la orden de avanzar a su otra pierna...

Y en el espacio alrededor de su tobillo en el que un instante antes no había nada, apareció una garra peluda, de cuatro dedos alargados y con demasiados huesos, las uñas largas que se curvaban sobre sí mismas y acababan en una punta afilada. Muchísimo pelo en forma de cerdas cortas y ásperas se perdían junto al monstruoso brazo en la oscuridad. Alfonsito no pudo gritar, estaba paralizado. Mientras era arrastrado bajo la cama a la oscuridad pensó que, a veces, y digan lo que digan, sí que hay “algo” acechando en aquello que existe oculto bajo la cama.